

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8645

DIARIO DE LA NOCHE.

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—*Provincias*, tres meses, 7.50 id.—*Extranjero*, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras, de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6. Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Jueves 21 de Agosto de 1890.

## LA HABITACION DEL OBRERO

Entre las varias reformas que á los Parlamentos de Europa han sido propuestas con el fin de mejorar el estado de las clases trabajadoras, se recomiendan por su sentido práctico y de utilidad positiva los dos bills que el Gobierno británico ha presentado á la Cámara de los Comunes relativos á la habitación del obrero.

El asunto es de interés general, puesto que en todos los países el primer elemento material de la familia, el hogar, ofrece graves deficiencias y pide medidas urgentes y radicales. En España harto conocidas y lamentadas son las detestables condiciones de que en la mayoría de las ciudades y pueblos adolecen las viviendas de las clases humildes.

Atendamos, pues, á lo que el espíritu claro y sereno de los ingleses discurre en la materia, y tomemos de ello oportuna nota, si no para copiarlo, para tenerlo presente y acomodarlo á las circunstancias de nuestro país.

En Inglaterra existía desde hace veinte años una legislación encaminada á garantizar la higiene en las habitaciones de los obreros; pero los preceptos en tal sentido dictados eran poco menos que letra muerta. Los dos bills de que hemos hablado tienden á hacer eficaces esos preceptos, codificándolos y transformando algunos de ellos en disposiciones nuevas.

Las leyes anteriores facultaban á las Administraciones municipales para cerrar por sí las casas que juzgaran insalubres ó para obligar á sus propietarios á hacer las obras que hubieran de sanearlas. Al cabo de veinte años de experiencia se ha podido hacer constar que los municipios no usaban sino muy raramente de esa atribución á causa de ser los mismos propietarios de edificios los que habrían debido denunciarlos y gastar el dinero en la reconstrucción.

Los bills recientemente presentados confieren en obligación la facultad que hasta ahora han tenido cometida.

En adelante, los Consejos comunales ó los provinciales quedarán en el deber de inspeccionar los barrios viejos y mal acondicionados de las poblaciones, teniendo que decretar forzosamente la demolición ó la reparación de todas las casas que presentan condiciones opuestas á la higiene ó á la moral. Además, se crea una especie de acción popular, en cuya virtud toda persona tendrá el derecho de denunciar á las autoridades cualquier albergue inhabitable y de exigir que se refirieran las inspecciones administrativas en el caso de que estuvieran abandonadas.

Para asegurar aun más los efectos de estas medidas, la proposición descende á útiles detalles. Previene los abusos resultantes del hecho de que los consejeros municipales ó provinciales sean los dueños de los edificios denunciados, los funcionarios que se encuentren en tal caso quedan imposibilitados por prohibición legal de tomar parte en las votaciones á que la denuncia diera motivo. Al que quebrante este

precepto se le impone una multa de 50 libras esterlinas.

Otro punto importantísimo de los proyectos del Gabinete Salisbury es el que se dirige á impedir que los propietarios de inmuebles exploten en forma usuraria la pobreza de las clases trabajadoras.

Según las leyes antiguas, la expropiación de los edificios insalubres cuyo derribo se acordaba, hacíase sobre la base de la renta que producían. De este modo la codicia exagerada de los caseros se veía doblemente satisfecha. Alquilaban primero las casas á mayor número de familias, del que humanamente podían contener, y así triplicaban ó cuadruplicaban sus alquileres. Luego, cuando venía la expropiación, se les indemnizaba con arreglo al producto que la finca dejaba siendo explotada con toda esa avaricia y crueldad.

Establecido el bills que á este particular se refiere, las fincas serán indemnizadas no sobre el cálculo de lo que produzcan con el hacinamiento de inquilinos, sino en vista de lo que prudencial y buenamente redituarian si no las ocupasen mayor número de individuos que el que permite su capacidad.

## LOS NIÑOS DEL DIA

¡De cuán diverso modo se divierten los jovencitos de ahora!—dice Planchet en su artículo titulado «Lo que eran antes y lo que son hoy.»

No resistiremos á la tentación de parafrasear algunos párrafos de aquel escrito, con sus puntos y comas, aplicándola á la turba de niños viejos que pululan entre nosotros.

Cierto es que son muy bonitos y muy inteligentes—dice el viejo escritor—la moda que de nosotros nunca se ocupó, les atilda, figura y les viste como unos petimetres; la ciencia, en un dos por tres, se la meten en la cabeza de chorlito á punto de volar como globos aerostáticos.

Nosotros fuimos muy feos porque no nos vestimos á la moda, ajustados á los figurines, sino á los patrones de la economía.

Los niños de hoy van al teatro con el biberón en la boca todavía, y de allí salen á las dos de la mañana, habiendo estado despabilados y listos, viendo bailar el can-can y dirigiendo chicoleos á las muchachas alegres del patio.

Nosotros nos habríamos muerto con un desvelón de esos, porque solo concurríamos á las fiestas de la familia, antes que entrara la media noche.

Los tiempos actuales son tiempos de libertad y de democracia, y sin duda por esto, el muchacho de hoy vive con absoluta independencia.

El sabe lo que es la cantina, el baile, el naípe, apenas le alcanza la cabeza al borde del mostrador, y ya alza la mano para tomar la copa que de un solo sorbo se embaula en el estómago.

Nosotros jugábamos con pistolas de madera y espadas de hojadelata; ahora los muchachos llevan donosamente revólver hecho y derecho, y en el bolsillo su navaja de cortante acero.

Fueron los muchachos estos mucho más que un contramaestre, y escúpen por el cofmillo que es un contento, echando tacos y ternos á cada paso como un mozo de taberna.

Llevan las uñas largas á la moda y las emplean en rascar el bolsillo del buen padre.

Desdeñan oír los sencillos y sabrosos cuentos del hogar, para ir á los corrillos á empujarse la boca con palabras soces é indecentes, y á podrirse el alma con ejemplos inmorales y conversaciones torpes.

La pureza y la inocencia son cosas desconocidas entre el gremio de los muchachos. ¡Adiós sentimiento encantador del alma, honestidad del cuerpo, virginidad de los sentidos!

Se fueron para no volver.

Quedaron, en cambio, el instinto de lo malo y el ansia fatal de descorder esa cortina que cubre las miserias de la vida y las caídas de la humanidad, para imitarlas y saciar esa sed de impuros goces y reprobados deleites.

Sin freno que contenga esas inteligencias en su carrera desbocada, prematuro arranque de las facultades todas, perviértese el muchacho, cultiva los sentimientos malos y se dispara calumniador terrible en contra de la honradez ajena.

Así los muchachos son una plaga social, una amenaza terrible y un mal mucho más pernicioso que el cólera y la viruela.

¡Cuán diferentes estos tiempos á los pasados! Tristeza grande nos diera si entre esta turba de niños viejos no hubiese algunos que son una excepción consoladora.

Ahora viven los muchachos al vapor; la copa de los placeres se apura en un trago, como se apura una botella detrás de la puerta porque se está de prisa.

Los niños son jóvenes gastados, y los jóvenes son viejos de cabeza negra.

Los adolescentes de hoy influnden lástima, porque muy pronto las arrugas del desencanto les afearán el rostro.

Están muy bien vestidos pero muy pésimamente educados.

M. C.

## Variedades.

### CON MÚSICA

Si es cierto lo que dicen las lenguas de papel continuo, llamadas periódicos, los corsés con música estarán de moda dentro de breve plazo.

El procedimiento es sencillísimo.

Se trata de un progreso más de la mecánica... terrestre.

Así como los niños llorones esconden debajo de la camisa algún resorte, á cuya presión la figura de goma ó porcelana, de yeso ó de madera, articula distintos sonidos, de igual modo los corsés filarmónicos pueden tocar una polka ó un wals, mediante la presión prolongada de un dulcísimo abrazo.

Estoy seguro que protestarán no pocas muchachas, no por livianos motivos, como pueden suponer los maliciosos, sino porque tienen bastante con la música de sus novios, si son incasables.

¿Qué es una declaración de amor para estas niñas, condenadas á noviazgo perpetuo?

La primera nota de un concierto musical, cuyo programa resulta interminable.

En esta fiesta, si el novio es listo y ella boba, le corresponde á la infeliz tocar el violón.

Una cosa llama bastante la atención, respecto al descubrimiento de que se trata. ¿Cómo los periódicos pecan de discretos al publicar la noticia?

Ellos, que son capaces de contarle los pelos al diablo para entretener agradablemente la curiosidad de los lectores, no dicen si el referido invento se debe á un marido celoso, ó tiene por autor á algún padre escamado.

De cualquier modo, los inconvenientes del corsé músico ó musical saltan á la vista, es decir, se meterán por los oídos, que es más gráfico.

Calculen ustedes que escribe en su gabinete, ó consulta notas, cualquiera de esos esposos, encarnación viva de la desconfianza. De pronto interrumpe su trabajo porque le ha parecido escuchar la marcha de «Pan y Toros», amortiguados los acordes como si salieran de un pequeño y oculto organillo. El hombre se escama, acordándose del nuevo corsé de su mujer. Y al cabo se decide á tocar el timbre.—Vea usted, le dice al criado, si la señora tiene visita.

Entre otras muchas dudas, de que sería prolijo hablar, se me ocurre una de cierta importancia.

Los corsés avisadores sonarán en los bailes, cuando el talle de las bellas sea tocado más ó menos blandamente por la mano de su pareja? Porque así podrían ahorrarse el gasto que ocasiona una orquesta.

En dicho caso cada una de las parejas bailararía al son de su propia música, lo mismo que los callameros se gustan con su propia salsa para que estén sabrosos.

Como un ruido mayor apaga otro menor, circunstancia por la cual no se oye un cañonazo cuando pregona cualquiera de nuestros famosos vendedores ambulantes, máxime si se obstina en dar gratis el dó de pecho, confundiendo el cielo azul con las bambalinas de un teatro, será probable que los Tenorios de chaquet, futuros maridos sin esperanza de que jamás lleguen á ser presentes, aprovechen, si son atrevidos en sus demostraciones eróticas, el estruendo que producen los coches y carros, para que no se oiga la música del corsé, si en un descuido oprimen el resorte.

Tengo mejor idea de la sociedad, por más que está muy malita según autorizadas referencias, que el autor de cierto cuento moderno, cuyo protagonista soñó que se hallaba en los profundos infiernos.

Allí le enseñaba Satán el gran teclado de las graves culpas que cometemos á diario los mortales.

Cada una de las teclas producía un sonido correspondiente al pecado que acababa de cometerse.

De modo que el estruendo era horroroso, ensordecedor, «infernial», por supuesto.

La sinfonía del diablo era perpetua.

No creo, no, que los corsés con música lleguen á producir una sinfonía análoga, si es que la noticia de su invención no es pura música.

No hará fortuna el inventor.

Otra sería su suerte si el resorte de los corsés hablara, en vez de pertenecer á los dominios del pentagrama.

De ese modo imitando la voz humana podría prestar muy buenos servicios.

Bastaría que el amante optimiese el botón para que el corsé dijese:

—Convíteme usted á cenar.—Comprame un nuevo vestido.—Regáteme usted alguna cosa.

Y así, por el estilo, la fórmula variaría hasta lo infinito.

Cierto es, que ella diría poniéndose colorada:

—Son bromas de mi corsé, no haga usted caso.

Pero ya que no por el corsé, por su presi